



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Quedan asegurados los derechos de propiedad  
conforme á la ley.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL  
CORAZÓN Y LA ESPADA<sup>(1)</sup>

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 2625 MONTERREY, MEXICO

I

UN DUELO A TRAGOS

Avanzaba la noche. Los cuatro hombres que formaban la escolta, luego de comer como ogros y de beber como esponjas, comenzaban á sentirse pesados, y disponíanse á descansar sobre la paja misma de la cuadra del Priorato del Cuenco, cuando la llegada de Fiamma, portadora de nuevas bebidas fermentadas, hubo de hacerles creer que aún su sed no estaba extinguida.

— ¡Danza, hermosa! — solicitó Ismael.

Y Fiamma comenzó á danzar, sin preocuparse de si su coreográfico ejercicio podía ó no excitar los carnales apetitos de aquellos hombres, ya bastante excitados por las frecuentes libaciones.

¿Donde estaba, en aquel mismo momento, Sed de Amor?

(1) Copyright by Paul Féval fils, 1912 (*Le Radical*).



Apenas si el joven habíase mostrado un momento á la señora Homola y á Juanola, para que ambas le conociesen. Hecho lo cual habíase eclipsado en seguimiento de la segunda, quien iba á llevar un vaso de agua á la señorita de Villanueva. Después de esto nadie había vuelto á verle.

En la habitación del amo, y sentado enfrente del duque Rolando, Gaultfarault, ó el gran marqués, como el lector quiera, acababa de limpiar el hueso de un muslo de becada.

Terminaba en aquel momento el segundo servicio, y ya mostraban su panza vacía algunas botellas de vino de Anjou ó de Túnez. Los dos frascos de Chianti estaban aún sin destapar, y cubiertos de polvo venerable, al alcance de la mano de cada uno de los dos comensales.

El que se hallaba junto al convidado, era precisamente, por casualidad tal vez, el frasco que llevaba el tapón al revés.

Habíase hablado de una porción de cosas, de carácter general, y la conversación iba languideciendo, á lo que sin duda contribuía la presencia de la señora Homola, encargada del servicio de la mesa. Cuando la digna esposa de Faraubras se hubo al fin retirado, el duque Rolando llenó su vaso, mientras preguntaba á su convidado:

— ¿Habéis salido de vuestro Hotel antes de la caída de la tarde, mi querido suegro? Lo digo porque para encontraros aquí antes que yo...

— Pues no; — interrumpió el interpelado. — Antes

al contrario, ya hacía algún tiempo que estabais en camino, cuando se me ocurrió la idea de alcanzaros...

— Y de dejarnos atrás. ¡Cuerpo del diablo! Parece increíble, y permitid que me asombre de ello.

— Entre asociados, yerno mío, — y creo que nosotros lo somos, — todo está permitido. Aún he de toleraros muchas otras cosas.

Chocó el gran marqués su vaso con el de su anfitrión y bebió de un trago el contenido, mientras que Rolando humedecía apenas sus labios.

— Como quiera que sea, — dijo Rolando — tengo la pretensión de poseer buenos caballos, los mejores de París; y la verdad, eso de que me hayáis dejado atrás en tan poco tiempo...

— ¿Os parece absurdo, verdad?

— Precisamente, esa es la palabra. Vamos á ver, cuando yo llegué con los míos al primer vado, aún no ibais delante de nosotros.

— No; estaba encima.

— ¿Pero por qué camino habéis venido?

— Por el del aire.

— ¿Burlas tenemos? — preguntó Rolando con impaciencia.

El noble anciano se ocupaba en aquel instante en mojar una miga de pan en la salsa en que cociera la becada, y luego de tomarse el tiempo necesario para saborear el exquisito bocado, murmuró:

— Esto me lo enseñó Anne de Montmorency. El ilustre mariscal empapaba sus lechefritas con delicadeza extraordinaria. Cuanto á eso que decís de las



burlas, — añadió con cierto tono de amargura — sabed que os equivocáis. Y sabed asimismo que durante diez años de cautiverio el cerebro se ingenia á establecer combinaciones múltiples que tienen un solo objeto : la libertad. ¿Creéis acaso que yo me he escapado de Vincennes arrojándome desde lo alto de la torre? Pues no, señor : eso hubiera sido suicidarme ; cosa que habría lamentado en gran manera, porque la muerte hubiérame privado del placer de conoceros... Hacedme el obsequio de llenar mi copa ; bien, gracias. El régimen celular, amigo mío, da una sed horrible. Vamos á ver : ¿conocéis á Pedro Mirot?

— No ; — confesó Rolando después de llenar la copa de su invitado.

— Pues ese demonio de hombre me servía diariamente un frasco cuyo tamaño era como el de diez de los vuestros. Por desgracia sólo contenía jarabe de pozo. Pedro Mirot era mi sumiller, ó mi bodeguero, como queráis, en el famoso castillo de Vincennes. Pero volviendo á lo de mis alas...

— ¿Qué alas son esas? — preguntó Rolando sorprendido.

— ¿Pero es que no os he explicado?... bueno, pues sabed, yerno mío, que me he pasado ciento diez meses estudiando á diario el vuelo de los pájaros desde la tronera de mi calabozo; que empleé otros diez en la construcción de mi aparato icariano, y que tomé el vuelo el postrero día del mes que hizo el ciento veinte de mi cautiverio.

— Ya; y lo que queréis decir con eso es que soste-

nido por las alas que os sirvieron en Vincennes habéis hecho esta noche el camino del arrabal San German hasta este sitio en que nos encontramos.

— Precisamente, mi joven amigo. Veo con la natural satisfacción que el cielo quiso concederos tal perspicacia que hace inútiles las explicaciones suplementarias. Conste pues que he actuado de pájaro, y que en eso está el secreto de mi presencia en este sitio.

Mirábalo Rolando con estupefacción mientras hablaba, y preguntábase en su fuero interno si debía enfadarse con aquel hombre, ó tomar á broma su conducta más que equivoca. Recordaba además que miss Huming habíale enterado minuciosamente de la verdadera identidad de su anfitrión de la víspera, esto es de Gaultfarault, el falso marqués, así como de la del marqués verdadero, de Villanueva-Marsan. Y escuchando los detalles que con la mayor formalidad iba exponiendo el extraño individuo con quien cenaba mano á mano en aquel instante, preguntábase perplejo :

— ¿Quién es este hombre? ¿Es el marqués verdadero ó es el falso? ¿Hablo con el truhán ó con el gentil-hombre?

— ¡Ah, juventud, juventud! Pensativo andamos, señor yerno; — dijo el marqués atacando un hojaldre.

— Como si lo viera os acordáis ahora del aparecido de quien me habló la inglesa; un aparecido idéntico á mí, — ¡ah, Gaspar infame, traidor y mal nacido! — que andaba rodando por la galería, cerca de las habitaciones de mi noble esposa...

Oyendo estas razones, la duda que atormentaba á



Rolando desvaneci6se como por encanto. El hombre con quien hablaba era con seguridad el borrach6n hablador con quien alternara tambi6n el d1a antes. So6o as1 se explicaba que conociese el detalle que acababa de mencionar.

El hombre continu6 :

— A nuestra edad, yerno m1o, ya no nos es permitido creer en esas tonter1as, en las que Gaultfarault, rey de Thunes, no crey6 jams, en honor 1 la verdad sea dicho.

Y al hablar parec1a como si vacilase en su asiento, y como si su lengua se trabase.

— Este hombre est1 borracho; — pens6 Rodolfo. — Creo que no tendr6 necesidad de hacer uso del frasco de Chianti que contiene los polvos de Phtah. Arrojado al r1o con una piedra al cuello, cualquiera lo vuelve 1 ver luego.

Quiso apoderarse de la botella cuyo tap6n puso 6l mismo al rev6s poco tiempo antes y alarg6 la mano por encima de los platos; pero el marqu6s, m1s listo que 6l, se apoder6 del frasco sospechoso.

— Haberlo dicho antes; — exclam6 disponi6ndose 1 llenar el vaso de Rodolfo, que este retir6 precipitadamente :

— No, — dijo; — cada cual el suyo. Yo tengo aqui mi frasco; ese es el vuestro. Por cierto que ambos contienen vino de Italia.

— ¿De Italia? Que me place. Asti, tal vez, 6 Lacrima Cristi?

— No; Chianti.

— Vaya por el Chianti; — dijo el anciano paladeando el liquido, y asegurando enseguida :

— ¡Un verdadero n6ctar!

Sin embargo, luego de haberlo gustado hubo de pensar :

— Sabor de cobre... ¡Sangre de busto! Este delicioso joven lo ha adicionado con deutocloruro de mercurio. — Luego levant6 la voz para llamar :

— ¡Señora Homola!

Rolando empezaba 1 sentirse inquieto.

— ¿Qu6 quer6is de esa mujer? — pregunt6.

— Nada que no sea natural; voy 1 pedirle el obligado complemento de esta bebida principesca.

La madre de Juanola acud1a al llamamiento.

— Traedme enseguida, — le dijo el marqu6s — una pinta de leche reci6n ordeñada, y una docena de huevos

— De todo eso hay en la despensa, monseñor.

— Traed adem1s otros dos vasos.

Una vez servido, el gran marqu6s llen6 su primer vaso de vino envenenado, puso en uno de los que acababan de traerle una clara de huevo, y llen6 el tercero de leche (1).

(1) El deutocloruro de mercurio 6 sublimado corrosivo es uno de los t6xicos m1s violentos que se conocen. Sin embargo sus efectos pueden ser combatidos con la leche, y su acci6n sobre las funciones vitales resulta casi nula si inmediatamente despu6s de la absorci6n del veneno se toman sus antidotos, que son la alb6mina y la leche. El marqu6s de Villanueva Marsan, qu1mico distinguido, adivinaba por el sabor la existencia de un veneno y la clase del mismo, sabiendo adem1s lo que deb1a hacer para que resultase inofensivo.



Preparada de este modo la batería, bebió, por el orden que acabamos de indicar, el contenido de los tres vasos.

Absorto el de Saboya-Nemours al ver á su convidado, más sólido aún que antes, prepararse una nueva libación del mismo género, no pudo contener una exclamación.

— ¡Pardiez, señor suegro; sólido estómago es el vuestro! Lo que es yo, por mi parte, no podría tragarme, por más que hiciera, esa abominable mezcla.

— Porque no sabéis lo que es bueno; — dijo el marqués alegre. — El rubí del Chianti, al disolverse en el ópalo lechoso, produce la ambrosía de los dioses. Probadla y os convenceréis.

— Gracias mil, pero solo de veros beber ese brebaje se me pone el estómago de punta.

— Envenenador y cobarde por añadidura; — pensaba el marqués. — César Borgia por lo menos sabía desafiar la muerte.

Luego, dando á su mirada expresión maliciosa, continuó en voz alta:

— El primer deber, entre dos asociados, es el de expresarse con entera franqueza. Y puesto que hemos de decirnos las verdades sin ambages, permitid, querido yerno, que os manifieste que mi nobleza de nuevo cuño es tan falsa como la vuestra.

— ¿Cómo es eso, granuja? — exclamó Rolando colérico.

Pero el intrépido bebedor, oprimiendo con ambas

manos su abdomen sacudido por la risa, contestó benévolo.

— Sí, hombre, sí; ¿para qué engañarnos mutuamente? Vos sois tan Saboya-Nemours como yo soy Villanueva-Marsan.

— Pues si como decís no sois el marqués, — repuso Rolando levantándose, — no puede haber nada de común entre nosotros. ¡Salid al momento!

La hilaridad del anciano aumentó extraordinariamente al oír la orden perentoria.

— ¡Ja ja ja! — pronunció dejándose caer alternativamente sobre la mesa y sobre el respaldo de la silla. — En verdad que sois delicioso, y que con vos no hay modo de aburrirse... ¡Como que habéis dicho eso de un modo admirable; con naturalidad perfecta, como si de veras lo sintierais!

Bebió por segunda vez el contenido de los tres vasos, y siguió diciendo:

— Si tenéis en realidad la pretensión de haceros pasar por un Saboya-Nemours auténtico, es preferible para vos tratar con un marqués de Villanueva falso, por cuanto el verdadero, vos lo sabéis tan bien como yo, procuraría con seguridad averiguar el porqué de vuestro extraordinario parecido con un malhechor de última especie, con un bandido...

— ¡Esto es ya demasiado! exclamó Rolando.

— Calma, amigo mío, calma; — continuó el marqués impertérrito. — Digo que procuraría averiguar el porqué de un parecido que le preocupa sin duda y del que descubriría el secreto con solo confrontaros con



Sed de Sangre, detenido ahora en el Gran Chatelet.

Las sienes de Rolando se humedecieron por efecto del helado sudor que en él provocaba la angustia, mientras que el temor de lo desconocido, que empezaba á apoderarse de su ánimo, le obligó á acariciar casi instintivamente el mango de su daga, en tanto que el marqués proseguía su discurso. Sin embargo, la última frase pronunciada por éste, fué de efecto decisivo.

— Hay varias cosas que no debéis conocer, — dijo Rolando desenvainando la daga y clavándola con violencia en la mesa, — y ésa es una de ellas. Ahora mismo vais á decirme quién os ha enterado de semejante cosa, ó tan fijo como que Dios murió en la cruz...

— Atravesaréis implacable el pecho del padre de vuestra prometida; ¿no es eso lo que queréis decir? Singular modo, como hay Dios de aseguraros el cariño de esa joven. No importa; aunque siento en el alma verme obligado á causar vuestro enojo, he de deciros que, á más de esa, sé otras muchas cosas acerca de vos, y se comprende. El rey de Thunes — continuó diciendo el marqués — dispone de un verdadero ejército de espías, ejército mucho más numeroso que el que manda el señor de Estouteville.

Lo mejor que podéis hacer por el momento es volver á su vaina ese puñal cuya vista me ofende, y tened entendido, por si mi aparente calma os engañara, que el respeto que debo á la memoria de mis ilustres antecesores me pondrá en el caso de desenvainar á mi vez

mi espada en el caso de que incurrierais en nuevas groserías.

— ¿Pero tú sabes manejar una espada, Gaultfarault? — preguntó Rolando simulando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

Y el marqués le contestó en el mismo tono de singular firmeza :

— Por última vez os ruego que deis de lado á esas familiaridades que no tienen razón de ser entre nosotros. Ya sabéis que todos los varones de nuestra casa aprendieron á esgrimir las armas antes aún que á hablar.

El duque Rolando se encogió de hombros, pero envainó su puñal.

— ¿Seré yo tonto? — pensaba. — ¿Cómo ha podido ocurrírseme la idea de que este sempiterno hablador sea el marqués verdadero?

Durante un momento contempló á su singular invitado, quien acababa de consumir á pequeños sorbos lo que aún contenían los vasos de su triple mixtura, y lleno á pesar suyo de sincera admiración, decíase para su colete :

— Este bergante es invulnerable al veneno, y su gagnate me parece tan sensible como el alma de un cañón de mosquete.

Llegaba de fuera, por intervalos, el eco de gritos y de risotadas, el de vasos entrechocados, y el ruido sordo, monótono, de un tamboril.

La orgía en la cuadra del Priorato prolongábase con ayuda de Fiamma, á la que los bohemios, ebrios de



alcohol y de deseos, procuraban imitar, batiéndose unos con otros por conquistar sus simpatías ó por hacerse merecedores de una sola de sus miradas ó de sus sonrisas

Aludiendo á la lejana zambra, cuyos ecos llegaban perdidos y aislados hasta la habitación señorial, el marqués, terminadas sus libaciones, hubo de decir á su comensal:

— En verdad os digo, señor y yerno mío, que de no encontrarme en vuestra grata compañía, fácil me fuera crearme entre mis hampones súbditos, según lo que hasta nosotros llega de su alegre holgorio. Por lo visto, vuestras gentes, como mis vasallos, tienen el diablo en el cuerpo.

— ¿Os place que les ordene mostrarse un poco más comedidos? — preguntó Rolando.

— ¡De ninguna manera! — afirmó el marqués. Noche es la de hoy de esponsales, y por ello mismo todas las diversiones deben ser permitidas.

— Sin duda por eso, — dijo irónicamente el duque — habéis venido vos mismo, dispuesto á divertirlos á vuestro modo, aun cuando no formáis parte de la familia. Porque en fin, y dicho aquí, entre nosotros, paréceme que no tendréis la pretensión de ser el verdadero padre de la niña...

— Pues os parece mal, ilustre amigo; — dijo el anciano con aplomo. — ¿Quién queréis que haya dado el ser á la hermosa doncella sino el esposo de la marquesa Maria?

— De acuerdo : pero como Villanueva-Marsan ha

muerto asesinado en el patio de los proveedores del castillo de Vincennes, no obstante lo que ha poco dijisteis de cierto aparato volador...

— ¿En el cual por lo visto no creéis? — dijo el marqués. — Bueno, pues cesen de una vez vuestras dudas. Villanueva-Marsan está vivo y muy vivo, y se halla en este momento en vuestra presencia. Soy yo mismo.

Por las pupilas, demesuradamente abiertas, de Rolando, pasó algo como una bruma de estupor. ¿Habían sonado realmente las palabras que acababa de oír, ó bien era víctima de una pesadilla? Cuando pasada la primera impresión de sorpresa pudo al fin hablar, fué para decir tartamudeando :

— ¡Es posible! Pues no me deciais hace un momento...

— ¡Esperad! — interrumpió el extraño viejo alargando su brazo para alcanzar el último frasco de vino, aún no destapado. — Ya hace rato que no bebemos, mi querido y futuro pariente, y por poco que os parezáis á mí en esto, la sed debe impedirlos coordinar vuestras ideas.

Así diciendo, decapitó la botella, llenando enseguida los dos vasos.

— ¡A vuestra prosperidad! — brindó el marqués.

— Gracias mil, y vaya por la vuestra; — repuso Rolando. Y añadió, luego de vaciar maquinalmente su vaso :

— ¿Pero cómo es que no mezcláis con este Chianti esos otros repugnantes brebajes?



— Muy sencillo, mi futuro hijo : para no obligaros á imitarme, puesto que esta vez ambos bebemos del mismo frasco... Pero volvamos á lo que importa y tratemos de ahondar en el asunto. Es innegable que Villanueva-Marsan ha salido de Vincennes. Si tenéis acerca de ello alguna duda, yo haré que se desvanezca oponiéndole las siguientes consideraciones :

Primera : El haber visto miss Huming á mi *alter ego* en la galería grande de mi hotel; segunda : los ruidos que ha podido oír todo el mundo en las paredes del mismo hotel; tercera y última, mi presencia en este sitio. Porque yo, protegido de Catalina de Médicis, he venido expresamente para deciros : Apresuraos á tomar posesión de la personita objeto de litigio si no queréis que entre ella y vos se interponga la formidable espada del aparecido.

Escuchaba el duque estas razones con profunda atención, y admirando la innegable lucidez de su invitado, decía sorprendido :

— Este hombre debe tener blindada la cabeza. De otro modo no se comprende su aplomo. Si no hubiera preparado yo mismo la droga podría dudar de si ha absorbido ó no los polvos de Phtah. Pero la duda es imposible : los tiene en el estómago, y sin embargo...

En este momento advirtió que era él quien no obstante hallarse acostumbrado á las copiosas libaciones, comenzaba á sentir que los vapores de la embriaguez subían á su frente; y como si quisiera despejarlos sacudió la cabeza.

— ¿Conque la personita objeto del litigio, eh? —

repitió algo torpemente. — Supongo que con esa perifrasis pretendéis aludir á la señorita Solange.

— Sin duda alguna. Y teneos por contento de que vuestra fanfarronada de añadir esa joven á la lista de vuestras queridas no haya llegado á oídos de mi competidor, porque de haber sucedido así, á estas horas estaríais enterrado. Razonemos ahora y deduzcamos. Importa poco que yo sea ó no el mismo Villanueva que fué enviado años ha en misión á la corte de Isabel de Inglaterra, que combatió en San Dionisio y que se dejó encarcelar después por razones que no son del caso... Lo cierto, lo indudable, es que existen un impostor y un expoliado. El primero guarda el título nobiliario y las ventajas al mismo anexas; su familia lo ha reconocido, así como sus servidores, y os es favorable. En cambio el segundo, muerto civilmente y colocado fuera de la ley antes de su fallecimiento, se opondría con toda su alma á la realización de vuestros proyectos en caso de que resucitase. Esto sentado, hacedme el favor de decirme quién es, en vuestro concepto, el verdadero Villanueva-Marsan, si es el que vaga como una sombra por los corredores de mi hotel, ó bien el hombre que os hace el honor de dirigiros la palabra en este momento. Rolando no contestó. Sentía pesadez horrible en la cabeza, deseos de quedarse solo, y en su cerebro embrumado dominaba una idea : la de deshacerse de cualquier modo de aquel insoportable parlanchín, que le estorbaba tanto más cuanto que allí, á dos pasos de ellos, dormía Solange, de la que solo le separaba una puerta cuya llave habíase procurado.



— Después de todo, — dijo á media voz — nada tiene de particular que yo solicite de este hombre que no me estorbe, puesto que al fin y al cabo él no es padre de la niña ni tiene con ella parentesco alguno.

— ¿De qué se trata, yerno mío? — preguntó el marqués.

— Se trata, señor suegro, de haceros comprender que los enamorados son, como es natural, impacientes. Vais pues á darme vuestra mano y á guiarme hacia ese gabinete...

— ¿Qué es lo que hay en él?

— Pues... una puerta que se trata de franquear, y nada más.

El marqués le tendió una mano que temblaba, agitada por un movimiento convulsivo.

— Vamos allá; — dijo. — Un gentilhombre cumple siempre su palabra.

Y añadió para sus adentros:

— La lujuria parece dominar en este momento á este miserable. Esperaré para suprimirle á que se haya vendido. Haga Dios que el leal y valeroso joven que me ayuda haya comprendido bien mis instrucciones y que se encuentre ya en su puesto.

Hacia ya como cosa de un cuarto de hora que, como si todo durmiese en el Priorato del Cuenco, no se percibía ruido alguno. Las voces de los energúmenos hospedados en la cuadra habían enmudecido, y los bohemios, embrutecidos por el alcohol, dormían como piedras, según vulgar expresión muy generalizada. Cuanto á Fiamma, que durante buen rato habíalos entretenido

con sus danzas, se apresuró á dejarlos, al notar los progresos de su embriaguez, y fué á reunirse con Juanola para vigilar ambas á la puerta exterior de la habitación ocupada por Solange.

Un momento después y sin que las dos mujeres se enteraran de ello, abrióse sin ruido la puerta del gabinete de comunicación, penetrando juntos el gran marqués y el duque de Saboya-Nemours en la que fuera un día cámara de la marquesa. Inútil es decir que el primero hubo de hacer un gran esfuerzo para dominar la emoción que le embargaba al pasar los umbrales de aquella alcoba, testigo de su felicidad.

Era esta una habitación muy parecida á la en que acababan de cenar los dos hombres. El lecho, colocado en el testero, y oculto por amplias cortinas, no era visible, como tampoco Solange, cuya presencia allí cerca advertíase sin embargo por el rumor de su respiración regular y tranquila. Un candelabro colocado sobre una mesa, en el centro de la pieza, esparcía en ésta cierta claridad muy atenuada.

Era indudable que la orgullosa joven, luego de llorar y de rezar no poco, habíase dormido, cediendo al fin á las emociones y al cansancio.

Oyendo su respiración acompasada, el duque se apresuró á indicar á su acompañante que estaba de más allí.

— Querido suegro, — le dijo — ya que me trajisteis hasta aquí, lo mejor que podéis hacer es volveros á ver si aun queda algo de Chianti en el frasco que tal vez no hemos vaciado por completo.

— Bueno, pero... ¿y vos?



— ¡Donosa pregunta! Yo he venido aquí para...

— Sí, ya me figuro, pero no hay que olvidar nuestras convenciones.

— ¿Cuáles?

— El matrimonio previo.

— Sin duda: pero como se me ofrece la ocasión de gustar un pequeño anticipo, ya comprendéis que no es cosa de desaprovecharla.

— ¡Miserable!

La mano del gran marqués cayó, al pronunciar éste su apóstrofe, sobre el hombro de Rolando con tal fuerza, que para no caer vióse este último en la precisión de agarrarse á las cortinas de la alcoba. Estas se abrieron, con gran ruido de anillas, y un grito de rabia se escapó entonces de la garganta del duque. Frente á él, y en pie ante el lecho que ocupaba Solange, hallábase un hombre, envuelto en amplia capa, y oculta la cara por el cuello de la misma, levantado hasta las cejas.

No era de suponer que se tratase de una aparición más ó menos fantástica, por cuanto la mano de aquel hombre atormentaba nerviosa los gavilanes de una espada desnuda, de una espada en cuya hoja brillante se reflejaban las luces del candelabro.

— ¡Traición! — rugió Rolando, quien dió tremendo salto atrás, desenvainando al mismo tiempo su acero.

— ¡Y tú, viejo imbécil, sabe que no te equivocaste! Yo soy Neré Mansour, el jefe de los rapaces .. Sí, yo soy Sed de Sangre.

— ¡Sed de Sangre! — repitió una voz desgarradora. Era Solange, á quien el ruido acababa de despertar, y

que juntas las manos, los ojos espantosamente abiertos, poseída de terror pánico, procuraba en vano comprender lo que ocurría junto á ella.

El favorito de Enrique III, en el paroxismo del furor, parecía alocado. Sus carnales deseos aumentaron en violencia al ver á Solange, quien pareciale aún más deseable embargada como lo estaba por el miedo, y hubo de jurarse á sí mismo no ceder hasta conseguir su posesión.

— ¡Atrás, truhán! — gritó imprimiendo á su espada un vertiginoso molinete. — ¡Fuera de aquí, lacayo! ¡Quiero estar solo, solo con mi prometida! ¡Aquí no debe correr esta noche otra sangre que la del amor...

El gran marqués había cruzado tranquilamente sus brazos. Sus labios se entreabrieron para pronunciar estas dos palabras:

— *¿Cur non?*

Como si constituyeran un santo y seña, el guardián misterioso dió al oír las un paso fuera de la alcoba, y echando atrás los pliegues de su manto bajó el cuello del mismo, dejando al descubierto el varonil semblante de Sed de Amor.

Y sucedió que en aquel momento, Rolando, en vez de atacarle, llevó la mano á sus ojos, como deslumbrado, y balbuceó estas extrañas palabras:

— ¡Armañac! ¡Armañac ha salido de su tumba!

Y retrocedía, vacilando, vencido de antemano; y sus dedos inhábiles preparábanse á dejar caer el acero, cuando despejada su cabeza de los efectos de la embriaguez por la violencia misma de la sorpresa reci-



bida, recobrados al fin la razón y el aplomo, exclamó con violencia :

— ¡ Es el entuertador ! Gracias al diablo nos encontramos de nuevo... Pues á vernos otra vez las caras, hidalguete.

Cruzáronse las espadas, y tal furor mostraron desde el comienzo ambos duelistas, que parecía imposible evitar la muerte de uno de ellos.

Victima inmolada entre dos sentimientos opuestos, Solange, solicitada de una parte por el horror y de otra por su pasión inmensa que hacía olvidar la terrible y reciente confesión de Rolando, retorciase las manos desesperada, y era tal su angustia, que llegó en su amorosa ceguera hasta formular, dirigiéndola al cielo, una impía plegaria.

Precipitábase entre tanto el duelo silencioso. Hubo un momento en que creyendo amenazada la frente del duque por el acero de su adversario, Solange se lanzó del lecho interponiéndose entre los dos adversarios. Era el instante preciso en que haciendo un esfuerzo desesperado, tiraba el miñón del rey un golpe recto. Rápida como una bala, la punta de la espada penetró en el pecho de la joven, quien tuvo aún energía para sonreír á su verdugo y para gritar á Sed de Amor : « Piedad para él. » Una ola de sangre negra subió hasta sus labios, abriéronse en cruz los brazos, y la infortunada se desplomó sobre el tapiz.

Estaba muerta.

De este modo quedaba realizada la primera parte de la predicción de la hechicera.

## II

## • PENOSA INCERTIDUMBRE

El lector se preguntará sin duda cómo Sed de Amor pudo encontrarse tan oportunamente junto al lecho de Solange, y por cuál sitio misterioso había llegado á penetrar en la habitación que custodiaban por un lado los dos comensales de que hablamos en el capítulo anterior, y por otro la joven Juanola en compañía de Fiamma. Digamos pues, para satisfacer su natural curiosidad, que apenas llegado al Priorato, el gran marqués, temeroso de una posible inconveniencia de parte de *Diógenes*, hizo encerrar al inteligente perro y á los dos caballos en un lavadero, y luego de dictar algunas órdenes á Faraubras, explicó minuciosamente á su joven amigo el papel que le destinaba en la tragicomedia próxima á desarrollarse. Como resultado de estas conferencias, apenas Faraubras supo por su hija que Solange dormía, hizo pasar á Sed de Amor por una puerta de escape que comunicaba directamente con el